

La Invención*

Michel Serres

Traducción de
LUIS ALFONSO PALAU C. *

I. SINOPSIS DE LOS TRABAJOS ANTERIORES

— La invención según la historia de las ciencias.

La edad de los genios y el presente de los historiadores.

La intuición o el azar y la explicación por las causas.

Mito y Escolástica.

A título de problema cardinal de la historia de las ciencias, o mejor de su lugar común, la invención intelectual tiene una literatura ya larga tras de sí, donde una masa de autores y de obras (sobre todo en lengua francesa) precede, desde fines del siglo pasado hasta mediados de éste, un volumen igualmente considerable de escritos (principalmente de lengua inglesa) de los decenios recientes. El inventario de este monumento exigiría mucho tiempo.

A las confidencias de inventores como Claude Bernard, Helmholtz, Poincaré, Hadamard o Bergson y Valéry siguen los análisis de historiadores o de epistemólogos como Popper, Bachelard, Kuhn, Foucault, Agassi, Toulmin, Holton, etc. Por división del trabajo, no se trata ya de los mismos hombres ni de las mismas obras. Esperamos que los inventores continúen inventando; reflexionar sobre la invención o trazar su historia se ha vuelto una especialidad universitaria. Desde hace tiempo el crítico se exime de la experiencia.

Al período que se puede llamar heroico puesto que en él se hablaba de genio, de intuición rápida y soberana, de iluminación e incluso de milagro, de azar o de in-

* *Revista de Ciencias Morales y Políticas*. 142 año/No. 1. París: Gauthier-Villars, 1987. pp. 25-39.

** Profesor de la Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, sede de Medellín.

consciente, de lo que viene sobre las patas de paloma, de un pensamiento sin lenguaje, sucede un momento contemporáneo que yo llamaría ante todo igualitario donde la emergencia de lo nuevo se sumerge en el espesor de sus condiciones, donde el contexto cultural llena la excepción, donde el número y la complejidad de los medios pula toda singularidad y donde sobre todo el lenguaje y la comunicación, transparente o polémica, tejen constreñimientos tales que el período heroico no parece emparentarse más que con el mito. Así, la historia de las ciencias conocería la misma historia que las ciencias mismas que comienzan en mitología y se prosiguen racionalmente por la captura de lo concreto.

Sin embargo no resisto el placer de aproximar la evolución de las teorías y de las firmas: los inventores hace poco evocaban su aventura y los profesores dan cuenta de sus trabajos; no se trata del mismo acto de pensamiento. Cuando uno escribe una tesis, es decir un libro escrito por medio de mil libros más, se cree irresistiblemente que todo el mundo escribe así. La idea inventiva desaparece entonces o se diluye en la marea creciente de las condiciones, como un libro se compone de sus fuentes o un artículo de mil tácticas contra posiciones adversas. Al mito lo sucede pues la escolástica.

Tampoco me resisto al placer de aproximar esta historia a las otras, o esta crítica a partir de las condiciones, de sus análogas. Compuesta antiguamente de los nombres de los papas y de capitanes, relatando las proezas o los importantes hechos o dichos de los reyes, la historia expulsó lo que se volvió para nosotros mitología, para reemplazarla por nombres de bancas y de industrias, y por la masa, potencia anónima. Cifras, cuentas o inventario, más un conjunto compacto de desco-

nocidos, no producen ya ninguna sombra sobre el nombre del historiador que se vuelve él mismo el héroe de esta historia que inventa sin que ella le condicione.

No es necesario hacer algo, es suficiente sostener que nadie lo hace. Hemos cambiado de dioses y de grandes nombres. Sabíamos que el lenguaje triunfaba sobre la cosa misma, y que Cristóbal Colón descubrió la América y no los pescadores vascos antes de él, puesto que ellos no sabían escribirlo; pero además, en el período en que las ciencias humanas dominan por medio de su estilo crítico, la metalengua aventaja la lengua: es suficiente con inventar en el campo donde se reflexiona sobre la invención o sobre los acontecimientos y sus leyes. Victoria de la publicidad, victoria total de este esquema uno-muchos que todo medio de comunicación, periodístico o universitario, quiere por encima de todo: cualquiera que confronte algunos nombres notables los anula al uno por el otro, todos en conjunto y, presentándolos se hace notar, haciéndolos trabajar para él, y les da la palabra, prueba de que tiene sobre ellos todo el poder. No hay diferencia, en este acto, entre una tesis, un artículo o una emisión de televisión.

Así el período mítico exaltaba a los vencedores de algunos problemas pendientes, de la misma manera que el momento escolástico, el nuestro, promueve a los vencedores de los primeros. Arriesgamos con coronar a los hombres del resentimiento, que sólo inventan la afirmación de que nadie inventa.

**

— Cuatro fuentes, según la filosofía.

Los procesos mentales en el sujeto.
Las tácticas del grupo sabio.

El lenguaje: polémica y comunicación.

Los sistemas de condiciones y de obligaciones.

La historia de las ciencias muestra suficientemente que los llamados procesos mentales canonizados por una teoría del conocimiento, o que las categorías definidas por los análisis del lenguaje, no funcionan nunca como se prevee en los casos concretos de descubrimiento, porque ellos presentan el saber adquirido y no trabajan sobre la adquisición del saber. La epistemología envía sus teorías al fracaso desde que las confronta con la historia de las ciencias, su terreno de experiencia. De allí los antiguos recursos al azar objetivo o a la intuición subjetiva, dos asilos de nuestra ignorancia. ¿Pero dónde encontrar la fuente inventiva?

En el sujeto pensante y sus facultades, en un individuo genial, afortunado, profético, Newton, Pasteur, o por el contrario arrinconado a la locura, Sadi Carnot, a la muerte, Boltzmann, Galois. He aquí los santos o los héroes que abren las clausuras en el sentido de Bergson.

No, el inventor no permanece solitario. La ciencia piensa, avanza, inventa ella sola, en grupo y en masa. La polémica teje mil argumentaciones y tácticas en el seno de la comunidad científica y allí en el calor colectivo del debate, se dibuja poco a poco el perfil de la novedad.

Pero no sabemos lo que decimos cuando aseguramos que un grupo como tal piensa. Mejor recortar más objetivamente en la masa de los archivos, de las instituciones y de las causas de todos órdenes, de grandes conjuntos o sistemas que se llamarán según aquel que recorta, estados, momentos o paradigmas, que se ponen a vivir y a evolucionar de manera cuasi au-

tónoma, y en los cuales se encuentran sumergidos a su vez el sujeto pensante y la colectividad que trabaja.

En lugar de esos grandes conjuntos, borrosos y arbitrarios, uno se dedica, en cuarto lugar, a describir el lenguaje y su evolución. No solamente él refina técnicamente la aproximación sino que está sumergido también en el entorno ideal, social, cultural y antropológico de donde saca su fecundidad.

En estas cuatro opciones, la epistemología responde a la sola cuestión: ¿quién piensa o inventa? El sujeto, el grupo, el estado de cosas, el lenguaje. En los cuatro casos, entre más se precisa el análisis menos se prevee o comprende la buena nueva que se comporta como un efecto sin causa. Explicad la invención, ella pierde su novedad —¿qué habéis entonces explicado?—; guardadla y ella escapa a lo que parece prepararla, en torno de ella río arriba.

Como en las conductas humanas ordinarias, la mitología vuelve siempre por alguna parte.

**

II. INVENTAR EN FILOSOFÍA, AHORA

— El método y el éxodo, la errancia en el desierto.

Algunas reglas de ética y de higiene.
De la filosofía como anticipación global.

Para qué lanzarse desde su más temprana edad a la búsqueda de las ideas si lo que se desea es exaltar la imagen de su propio rostro —el sujeto—, o hacer carrera en los establecimientos —la ciudad—, o fundirse en un sistema o en la lengua; se obtendrían más beneficios dedicados

en seguida a los medios de comunicación o a la política y a ejercitarse en repetir las palabras de la tribu.

Tengo ganas de decir la buena aventura, la única aventura aún posible en los tiempos contemporáneos, el único juego a quien pierde gana y a quien gana pierde a menudo. No, el filósofo que busca no dispone de ningún método, el éxodo sin camino sigue siendo su única estadía y su libro blanco. No camina ni viaja siguiendo un mapa que repetiría un espacio ya explorado; escogió errar. La errancia comporta riesgos de errar y de extravío. ¿A dónde vas tú? No sé. ¿De dónde vienes tú? Trato de no acordarme. ¿Por dónde pasas? Por todas partes y lo más posible, enciclopédicamente, pero trato de olvidar. Declina tus referencias. Hay pocas referencias en un desierto. La filosofía vive y se desplaza en ese paisaje austero y desértico donde todo un pueblo erra durante una generación que espera y no vive aún la tierra prometida. No busca una fuente, en pozo, montaña ni estatua, invenciones o descubrimientos locales, sino un mundo global, habitable por sus sobrinos.

Las ciencias positivas disponen de métodos y de resultados: casi siempre sabe lo que hace el que matematiza, o el que programa y realiza alguna manipulación en un laboratorio, o un observatorio, o incluso el que lanza un sondeo de opinión; y cuando no lo sabe, inventa a veces.

Cuando las malas lenguas pretenden que yo no sé casi nunca lo que hago o voy a pensar cuando me dedico a la filosofía, creedles, os lo juro. Que él siga un método o una escuela, y el filósofo muere en el endurecimiento del dogma, o porque el decir de un maestro ha vitrificado su pensamiento; si él obtiene resultados locales, su disciplina felizmente se vuelve una ciencia y

él se habrá perdido por siempre para la filosofía.

Debo ahora definir: globalmente hablando la filosofía se entrega a una anticipación del saber y de las prácticas por venir. Un científico descubre o inventa en las lagunas de un método, los fracasos de la experiencia, la incompletitud de los resultados o la báscula de una teoría, pero el filósofo no dispone ni de las unas ni de las otras y mucho menos de sus carencias o reveses. El primero, siempre reconocible, marca su tiempo; se reconoce al segundo en lo que él lleva de futuro: si le falta, él no existe. La filosofía, rarísima, existe si y sólo si libera y dispone un espacio donde la historia habitará como la Edad Media se alojó en Aristóteles, el Renacimiento en Platón y los tiempos Modernos en Descartes, Leibniz o Bacon. La obra de un filósofo cuando tiene lugar, instaura un suelo o un terreno que fundará las invenciones locales por venir. Ella lleva la generalidad, la tierra o la atmósfera de la historia de las ciencias misma.

Esta invención y su esperanza atraen de esta manera hacia una aventura de donde no se regresa, y que puede describirse en términos de éxodo y no de método, de errancia mas que de itinerario o de currículo y de desierto privado de referencia más bien que de disciplina como espacio señalado, todos términos peligrosos y arriesgados que se pueden escuchar como mitos o poemas para excluirlos del pensamiento, cuando se camina sobre caminos más seguros, pero que valen como elementos de una antropología del descubrimiento o de una ética, mejor aún de una simple higiene para los que se lanzan en esta locura sin esperanza de recompensa. Cristóbal Colón inventa las Nuevas Indias: no regresa sobre sus pasos; erra, privado de caminos, sobre una extensión de altura sin

referencia; resiste a la presión de sus iguales; su éxodo ignora que él ve finalmente una globalidad, a la cual se dará el nombre de otro. Qué importa.

Desde hace muchos siglos, filósofos clásicos se esfuerzan por instaurar reglas, imitadas de los monasterios, pero para dirigir el espíritu. ¿Osaría yo reescribir para perderlo, o para borrar los juegos del sujeto o del lenguaje publicitarios, de la ambición en la ciudad o de los sistemas dominantes? Aprende todo primeramente; después, cuando llegue el momento, echa al fuego todo lo que posees comprendidos tus zapatos, todo va en este simple aparato. Sólo inventa la segunda inocencia. Si quieres perder tu alma, trabaja por salvarla pues finalmente la salva aquel que pareció perderla. Sólo descubre aquel que jugó el juego más arriesgado, el más absurdo, el más mortal, juego a quien pierda siempre termina por ganar en otro mundo —el de las cosas mismas.

Los hombres de todas las culturas no han inventado nunca en cualquier dominio más que porque sabían que iban hacia la muerte y que han sabido vivir y pensar en su vecindad, nuestra limitación última y extrema fuente.

**

La muerte como motor de la invención: muerte individual, parcial, colectiva.

De la inmortalidad.

Nada cuesta menos que poner en orden o razonar sobre objetos ya encontrados; no es necesario mucho esfuerzo para decir que ellos no costaron nada a quien los inventó; nada cuesta más, por el contrario, que el obligarse a programar la invención por venir en su espacio de pensamiento. Gastemos pues lo más posible.

La filosofía anticipa el mundo por venir y busca hacerlo habitable, pilotea pues el esfuerzo global del descubrimiento. Ahora bien, lo que adivinamos en el horizonte de las tendencias inquieta, porque adviene a los límites insensatos de curvas exponenciales, en economía, salud, demografía, estrategia y armamentos... En el lugar focal de toda extrapolación actúa la amenaza de extinción de nuestra especie. La muerte acaba de pasar de repente de lo individual a lo colectivo, del yo al nosotros. La humanidad no escuchará más, no escucha ya más con la misma oreja la vieja ley de que vamos a morir todos. Si la muerte de cada uno de nosotros engendró lentamente las sabidurías tradicionales, el nacimiento del lenguaje, el descubrimiento del objeto, la cultura, las artes, y por tanto el conjunto de las invenciones que forma el campo del saber consciente y que no deja de ampliarse, la muerte colectiva sin resto debe comenzar hoy a formar una sabiduría inconcebible hace cincuenta años y ponerse a producir otra cultura, y quizás el nuevo saber no mortífero que yo deseo.

La fuerza más subterránea que nos arrastra, he nombrado a la soberana muerte, se ha bifurcado de la totalidad distribuidora pero indefinidamente sustituible, a la integralidad cerrada, del yo subjetivo al nosotros colectivo; esta transición brutal hace singularmente ligeras las famosas preguntas del programa kantiano: ¿Qué puedo saber? ¿Qué debo hacer? ¿Qué me es permitido esperar? Interrogaciones de la mónada autónoma sobre sí misma, inaudible en un mundo pleno donde la invención, colectiva y densa, avanza tan ciegamente como la masa y la historia. ¿Qué medios debemos forjarnos para evitar a este nosotros la desaparición que este mismo nosotros prepara visiblemente? ¿Cómo ocurre que la instancia la más cla-

rividente, la invención, se vuelva ciega en su suma?

No habíamos pensado que un día deberíamos fabricar con nuestro entendimiento y con nuestras manos lo que habíamos olvidado incluso tener por la adquisición más banal del mundo, la indefinida propagación de la especie y de su historia en un entorno variable, lo que podemos llamar su inmortalidad. No nos es permitido ya más esperarla sin construirla. No dependía de nosotros; de aquí en adelante sí depende.

La filosofía comienza hoy a inventar esta esperanza y remonta al contrario el hilo de las preguntas del viejo programa conjugándolo en plural: ¿Qué debemos hacer? Hemos aquí obligados a construir en tiempo real nuestra inmortalidad como nuestros ancestros inventaron sus culturas dando la espalda a la muerte individual o parcial. Ahora sabemos que la humanidad total, y no sólo tal o cual civilización, es mortal. No podremos saber mañana a ciencia cierta, qué será lo que haga posible lo que sigue, nueva limitación y fuente más profunda.

En fin ¿quiénes somos? No somos las mismas bestias de antes, incluso reunidos bajo el mismo peligro.

**

— El mundo de las causas y el de las cosas.

Si consagramos nuestra vida entera a la búsqueda de lo verdadero, hemos supuesto desde el comienzo que existe un juego o un trabajo de verdad, que no decide solamente de sus resultados en y por las relaciones sociales, sino que nos compromete frente a una cosa o a un mundo ordenado o negro.

El juego social decide sobre el más fuerte, por violencia, astucia o trampa; de la jerarquía o de la dominancia solamente. Si no existe juego objetivo, no existe más que dominancia, y siete veces el día y después siete veces siete años hemos estado tentados de creerlo, dado que la relación de orden impone por todas partes y siempre la obligación monótona de la potencia y de la gloria, única y sola ley. Aún no sabemos si existe un juego objetivo, infinitamente frágil, al lado del juego social, duro y pesado, o detrás de él, o mezclado con él, pero sabemos que la única condición, necesaria y suficiente, de la invención o creación de una improbable novedad sigue siendo la esperanza de que él existe, por fuera de esta implacable monotonía.

Esperamos que existan cosas por fuera de las relaciones. La búsqueda de lo verdadero, de lo nuevo, se funda sobre esta segunda esperanza. La creencia en la cosa y esta esperanza equivalen a la vez, en la veracidad de aquel que no trampea nunca, a lo inverso de los hombres.

La filosofía aprendió a pasar al curso de su historia la interrogación grandiosa: ¿por qué existe alguna cosa más bien que nada? y ella estableció en principio la razón que responde a esta cuestión. Ahora bien, ésta, optimista, supone tranquilizada la inquietud que la precede y que pregunta si existe alguna cosa por fuera de las relaciones entre los hombres.

Las lenguas germánicas y latinas del área indo-europea designan el término causa por origen o raíz de la palabra cosa. La causa precede a la cosa. ¿Existe pues alguna cosa que no salga de un debate litigioso en una asamblea política o judicial o que no se reduzca a él o, al contrario, que lo clausure? ¿Existe una cosa, en un mundo, todos dos independientes de toda acu-

sación y de la polémica, ordenada o no e infinita que la acompaña, una realidad finalmente no decidible por el grupo o que, a la inversa, le dicte en un momento su necesidad? Galileo, Lavoisier, cien inventores han comparecido ante cien pretores y a veces hasta la muerte, para testificar de esta razón, anterior al principio y fundadora de la usual razón.

Alguna cosa más bien que nada... Si no hay una tal cosa, no queda la nada, sino esa nada que el grupo reinventa sin cesar y cuya raíz designa el objeto de la lucha y de las apuestas, la causa siempre proseguida entre nosotros, por tanto, de nuevo violencia y dominancia, potencia y gloria, muerte y poder. Ahora bien, esto no es nada exactamente, a su turno, desde que existe una cosa. Que no la haya y no vivimos más que de jerarquías, como esos animales que por tener causas con exclusión de cosas, no se ocupan más que de política.

La humanidad advino, nueva, y se inventó a sí misma cuando descubrió el mundo de las cosas más bien que esa nada, mortal. Inventamos sin cesar cada vez que dejando las causas, polémicas o debates, jerarquía y grados, todos restos de animalidad, volvemos a las cosas mismas, nuestra propia novedad.

**

CONCLUSION: UN PROGRAMA DE TERCERA INSTRUCCION

Hemos descubierto estos últimos decenios, como una sorprendente noticia, la formidable antigüedad de los hombres, aparecidos, parece ser, hace más de un millón de años. Tenemos en común con el mundo y con toda otra forma de vida esta vejez inconcebible que autoriza a decir que

el hombre esencial o fundamental sigue siendo en nosotros el primitivo. Por muy avanzados que nos creamos seguimos siendo seres arcaicos para la mayor parte de nuestros gestos, actos o pensamientos.

Ahora bien, hemos producido en el curso del siglo que se acaba una tan formidable masa de invenciones y de novedades, apresurándonos a desatar las cadenas de las pesanteces antiguas, que se puede decir que este tiempo realizó en la evolución de la humanidad un corte sin duda más amplio que aquel por el cual la edad neolítica produjo al hombre tal como lo hemos conocido.

Pues las crisis de las cuales nos sentimos los sobrevivientes y que sacuden el segundo tercio del siglo XX, vienen del choque formidable entre ese zócalo de arcaísmo indesraizable y el polineismo contemporáneo. Hemos sometido a ese bloque negro de primitividad remanente a un incomparable arranque, consecuencia penúltima de esta novedad redoblada, tan extraña en la historia, de hacer de la historia y del tiempo la simple sucesión de una multitud de invenciones.

Acabamos de abordar un nuevo mundo, incomprensible para muchos. Queda ahora hacerlo habitable, esperando que él se perpetúe. La filosofía quiere construir una nueva y antropológica sabiduría que conoce y estima las fuerzas que duermen en nosotros, entregándonos completamente sin reserva a aquellas que sin cesar nos despiertan. Ni la ciencia sola ni solas las culturas la inventarán, ni siquiera su oposición. ¿Qué tenemos que inventar, todavía y por fin? Este programa de educación que sigue siendo la más grande laguna abierta en este nuevo mundo. Invoco lo que yo llamo la tercera instrucción que conjugaría en un nuevo saber las culturas remanentes y la sabia inventividad.